



La Escalera

Lugar de lecturas



Visitas al territorio de Márai

EL ÚLTIMO
ENCUENTRO
**SÁNDOR
MÁRAI**



narrativa
salamandra

1

El general se entretuvo casi toda la mañana en la bodega del lagar. Había salido al viñedo de madrugada, junto con el vinatero, para ver qué se podía hacer con dos barriles de vino que habían empezado a fermentar. Eran las once pasadas cuando terminaron de embotellar el vino; entonces regresó a la casa. Bajo las columnas del porche de piedras húmedas que olían a moho le esperaba el montero, para entregar a su señor una carta que acababa de llegar.

—¿Qué quieres? —le preguntó, y se detuvo con fastidio. Se echó atrás el sombrero de paja de ala ancha que le cubría la frente y le oscurecía totalmente la cara rojiza. Hacía años que no leía ni abría ninguna carta. El correo lo abría, examinaba y seleccionaba uno de sus sirvientes de confianza, en la oficina del administrador.

—Un recadero acaba de traerla —dijo el montero, que se mantenía en posición de firme en el porche.

Reconoció la letra, cogió la carta y la guardó en el bolsillo. Entró en el frescor del vestíbulo y entregó al montero su sombrero y su bastón, sin musitar palabra. Sacó las gafas del bolsillo donde guardaba también los puros, se acercó a la ventana y se puso a leer la carta en la sombra rasgada apenas por algunos rayos que penetraban por las rendijas de las persianas medio echadas.

—Espera —dijo por encima del hombro al montero, que se disponía a retirarse con el sombrero y el bastón.

Arrugó la carta y se la guardó en el bolsillo.

—Que Kálmán prepare el coche para las seis. El landó, que va a llover. Que se ponga la librea de gala. Tú también —añadió con énfasis, como si estuviera enfadado por algo—. Que todo esté

limpio y reluciente. Que empiecen ahora mismo a limpiar el coche y el aparejo. Te vistes de gala, ¿entendido? Y te sientas al lado de Kálmán, en el pescante.

—Entendido, excelencia —respondió el montero, mirando a su amo fijamente a los ojos—. A las seis en punto.

—A las seis y media os vais —dijo, moviendo a continuación los labios en silencio, como si estuviera contando—. Os presentáis en el Hotel del Águila Blanca. Sólo tienes que decir que te he enviado yo y que ya está dispuesto el coche del capitán. Repítelo. El montero repitió las instrucciones. Entonces el general levantó una mano y miró al techo, como si quisiera añadir algo más. No dijo nada y subió al primer piso. El montero, firme, lo observó con ojos vidriosos, lo siguió con la mirada y esperó a que la cuadrada figura de anchas espaldas desapareciera por el recodo de la escalera de piedra del primer piso.

El general entró en su habitación, se lavó las manos y se acercó al pupitre alto y estrecho, cubierto de paño verde, salpicado de manchas de tinta, donde había portaplumas, tinteros y cuadernos con tapas de hule a cuadros, como los que utilizan los colegiales para hacer los deberes, todos guardados con un orden milimétrico. En el centro del pupitre había una lámpara de pantalla verde y la encendió porque la habitación estaba a oscuras. Detrás de las persianas echadas, el verano quemaba el jardín lleno de plantas secas y de hojas arrugadas, como un pirómano colérico que incendiara toda la vegetación antes de desaparecer. El general sacó la carta del bolsillo, alisó el papel con gran cuidado y, con las gafas caladas, volvió a leer las frases cortas y rectas, escritas con letra fina, a la luz resplandeciente de la lámpara. Juntó las manos por detrás mientras leía.

En una pared había un almanaque de números enormes. Catorce de agosto. El general echó la cabeza hacia atrás, para contar. Catorce de agosto. Dos de julio. Contaba el tiempo transcurrido entre una fecha remota y aquel día. Cuarenta y un años, dijo en voz alta. Hacía rato que hablaba en voz alta, aunque

estaba solo en la habitación. Cuarenta años, repitió después, un tanto confundido. Como un colegial que se enreda por lo difícil de los deberes, se puso colorado, echó la cabeza atrás y cerró los ojos humedecidos. Por encima de la chaqueta amarilla como el maíz tenía el cuello hinchado y rojo. Dos de julio de mil ochocientos noventa y nueve, la fecha de aquella cacería, musitó. Luego guardó silencio. Apoyó los codos en el pupitre, con preocupación, como si fuera un colegial aplicado, volvió a mirar el texto de la carta, aquellas pocas líneas. Cuarenta y uno, dijo al final, con la voz ronca. Y cuarenta y tres días. Eso era.

A continuación, como si ya se hubiese calmado, dio unos pasos por la habitación. En el centro había una columna que sustentaba el techo abovedado. Antaño había habido allí dos habitaciones: un dormitorio y un vestidor. Hacía muchísimos años —ya sólo contaba las décadas, no le gustaban los números exactos, como si todas las fechas le recordaran algo que prefiriese olvidar— había mandado derribar el muro que separaba las dos estancias. Sólo se dejó intacta la columna que soportaba las bóvedas del centro. La casa la había construido doscientos años atrás un proveedor militar que abastecía de avena a la caballería del ejército austriaco y que más tarde se hizo con el título de duque. Fue entonces cuando mandó construir la mansión. El general había nacido en la casa, en aquella habitación. La más oscura de las dos habitaciones, cuyas ventanas daban al jardín, al huerto y a los edificios de la hacienda, era por entonces la de su madre, y la más luminosa y alegre servía de vestidor. Hacía ya décadas, al cambiarse él a esta ala del edificio, había mandado derribar el tabique medianero y había convertido las dos habitaciones en una sola, más grande, dominada por las sombras. Había diecisiete pasos desde la puerta hasta la cama. Dieciocho desde la pared del jardín hasta el balcón. Los había contado muchas veces, y lo sabía con certeza y precisión.

Vivía en aquella habitación, adaptado a las dimensiones de las enfermedades que le acechaban. Le quedaba como hecha a medida. Pasaban años y años sin que se desplazara a la otra parte

del edificio, ocupada por salones multicolores, verdes, azules y rojos, con arañas doradas en el techo. Allí las ventanas daban al parque, a los castaños que asomaban tras los cristales de ventanas y puertas, ascendiendo en semicírculo, orgullosos, ante los balcones de piedra del ala sur de la mansión, elevando en primavera sus flores rosadas y sus hojas verde oscuro. Unos angelitos regordetes de piedra sostenían los pasamanos de los balcones. El general se pasaba las mañanas en el lagar o en el bosque, se acercaba a diario al arroyo lleno de truchas, incluso en las mañanas lluviosas y frías del invierno. Luego, al volver a la casa, subía desde el porche a su dormitorio, donde le servían la comida.

—Así que ha regresado —dijo en voz alta—. Después de cuarenta y un años. Y cuarenta y tres días.

Se tambaleó de repente, como si se hubiese agotado al pronunciar tales palabras, como si hubiera comprendido de pronto lo mucho que eran cuarenta y un años y cuarenta y tres días. Se sentó en una de las sillas tapizadas en cuero, un tanto destartaladas. En la mesilla había una campanilla de plata al alcance de la mano: la agitó.

—Que suba Nini —le dijo al criado. Luego añadió cortésmente—: Que haga el favor.

No se movió, se quedó sentado, con la campanilla de plata en la mano, hasta que llegó Nini.

2

Nini tenía noventa y un años, pero llegó enseguida. Había criado al general en aquella misma habitación. Había estado presente durante su nacimiento. Tenía entonces dieciséis años y era muy hermosa. Era bajita, pero tan fuerte y tranquila como si su cuerpo conociese todos los secretos. Como si escondiese algo en sus huesos, en su sangre, en su carne, los secretos del tiempo o de la vida, algo que no se puede decir a los demás, algo que no se puede traducir a ningún idioma, un secreto que las palabras no pueden expresar. Era la hija del cartero del pueblo; a los dieciséis años dio a luz a un niño y nunca reveló a nadie quién era el padre. Amamantó al general, porque tenía leche en abundancia. Había subido a la mansión tras echarla su padre de casa. No tenía más que el vestido que llevaba puesto y un mechón del cabello de su hijo muerto que guardaba en un sobre. Así llegó a la mansión, y en el momento del parto. El primer sorbo de leche que tomó el general fue del seno de Nini.

Así vivió en la mansión, sin decir palabra, durante setenta y cinco años. Sonreía siempre. Su nombre volaba por las habitaciones, como si los habitantes de la mansión quisieran llamar la atención de los demás, comunicarles algo. Simplemente decían: «¡Nini!». Era como si dijeran: «Qué curioso, existe algo más en el mundo que la egolatría, la pasión o la vanidad. Existe Nini...». Como estaba siempre allí donde se la necesitaba, nunca se la veía en ningún sitio. Como siempre estaba contenta, nunca le preguntaban cómo podía estar de buen humor tras haberse ido el hombre al que amaba, tras haberse muerto el niño para quien se le habían hinchado los senos

de leche. Amamantó y crió al general, y pasaron setenta y cinco años. A veces, el sol brillaba encima de la mansión, encima de la familia, y en aquellas ocasiones, en medio de aquel resplandor general, todos se daban cuenta, sorprendidos, de que Nini también sonreía. Más tarde murió la condesa, la madre del general, y Nini limpió su frente blanca, fría, cubierta de sudor, con un paño humedecido en vinagre. Más adelante llevaron al padre del general en una camilla, porque se había caído del caballo: vivió cinco años más. Nini lo cuidó. Le leía libros en francés, y como no hablaba aquel idioma, le deletreaba las palabras que no era capaz de pronunciar, leía todo letra por letra, muy lentamente, una palabra tras otra. El enfermo lo entendía de todas formas. Más tarde se casó el general, y cuando volvió con su esposa de la luna de miel, Nini los esperaba en la puerta de la mansión. Besó la mano a la nueva señora y le entregó un ramo de rosas. En aquel momento también sonreía, el general se acordaba a veces de ello. Más adelante, unos veinte años más adelante, murió la señora, y Nini cuidó de su tumba y sus vestidos.

No tenía título ni rango en la casa. Solamente tenía su fuerza, que todo el mundo sentía por igual. Sólo el general se acordaba, de manera un tanto distraída, de que Nini tenía más de noventa años. Nadie mencionaba este hecho. La fuerza de Nini llenaba la casa, a las personas, traspasaba las paredes, los objetos, como una corriente secreta: era como los hilos invisibles que mueven los muñecos del titiritero ambulante, como los hilos que mueven a Juanito y el Ogro. A veces les parecía que la casa se derrumbaría con todos sus muebles si la fuerza de Nini no lo tuviera todo unido; que se caería en pedazos, como los paños muy antiguos se deshacen al tocarlos. Cuando su esposa murió, el general partió de viaje. Regresó un año después, y enseguida se mudó al ala más antigua de la mansión, a la habitación que había sido de su madre. El ala nueva, donde había vivido con su esposa, se cerró: allí quedaron los salones multicolores, con sus paredes tapizadas en seda francesa que ya empezaba a rasgarse, la sala enorme con la

chimenea y los libros, la escalera decorada con cornamentas de ciervo, con cabezas de gamuza y urogallos disecados, el gran comedor cuyas ventanas daban al valle y a la pequeña ciudad, a los montes lejanos de cimas azuladas, las habitaciones de su esposa y su antiguo dormitorio, que se encontraba al lado de aquéllas. Desde hacía treinta y dos años, desde que su esposa había muerto, y él había regresado del extranjero, solamente Nini entraba en aquellas salas y habitaciones, y los criados cuando, cada dos meses, hacían limpieza.

—Siéntate, Nini.

La nodriza se sentó. Había envejecido en el curso de aquel año. Cuando pasa de los noventa, la gente envejece de manera distinta que a los cincuenta o a los sesenta. Envejece sin resentimiento. La cara de Nini estaba llena de arrugas y era rosada: envejecía como los paños más nobles, como una seda fina y antigua, tejida por toda una familia de hábiles artesanos que hubiesen puesto todos sus sueños en aquel retal. Durante el último año, un ojo de Nini enfermó de cataratas. Desde aquel momento, el ojo se volvió gris, parecía apagado y triste. El otro era todavía azul, del color de los lagos profundos de los montes, del azul que ostentan durante los meses de agosto. Este ojo sonreía. Nini iba vestida de azul marino, como siempre, y llevaba una falda de pana azul marino y una blusa del mismo color. Era como si en setenta y cinco años nunca se hubiese puesto otra ropa.

—Me ha escrito Konrád —dijo el general, alzando la carta con la mano, sin dar importancia al gesto, con deseos de enseñársela—. ¿Te acuerdas de él?

—Sí —respondió Nini. Se acordaba de todo.

—Está aquí, en la ciudad —dijo el general muy bajo, como si le estuviera dando una noticia muy importante, muy confidencial—. Está alojado en el Hotel del Águila Blanca. Vendrá por la tarde, he ordenado disponer el coche para ir a buscarlo. Se quedará aquí para cenar.

—¿Aquí? ¿Dónde? —preguntó Nini, muy serena. Su ojo azul, vivo y sonriente, recorrió la habitación.

Hacía dos décadas que no recibían invitados. A las visitas que llegaban de vez en cuando y que se quedaban a almorzar, a los representantes de la autoridad municipal o provincial y a los participantes en las grandes cacerías los recibía el administrador de la hacienda, en la casa del bosque donde todo estaba dispuesto; siempre, día y noche y en cualquier estación; allí todo estaba preparado: los dormitorios, los cuartos de baño, la cocina, el gran comedor decorado con motivos de caza, el porche abierto, las mesas de borriquete. En tales ocasiones, el administrador de la hacienda presidía la mesa, e invitaba a los cazadores o a los representantes de la autoridad en nombre del general. Ningún invitado se enfadaba, puesto que todos sabían que el señor de la casa no se dejaba ver. A la mansión sólo llegaba el párroco, una vez al año, en invierno, cuando aparecía para apuntar con tiza en el dintel de la puerta las iniciales de los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar. El mismo párroco que había enterrado a los muertos de la familia. Nadie más, nunca.

—En la otra ala —respondió el general—. ¿Es posible?

—Hace un mes que hicimos limpieza —observó la nodriza—. Es posible.

—A las ocho en punto. ¿Es posible?... —preguntó, un tanto excitado, con la curiosidad de un niño, inclinándose hacia delante en el sillón—. En el gran comedor. Ahora son las doce.

—Las doce en punto —dijo la nodriza—. Voy a dar la orden. Que dejen las ventanas abiertas hasta las seis, para que se airee, y que pongan la mesa después. —A continuación, sus labios se movieron sin pronunciar palabra, como si estuviera echando cuentas. Calculaba el tiempo necesario para cada tarea—. Sí —afirmó al cabo de un rato, con voz tranquila y decidida.

El general la observó con curiosidad, inclinándose hacia delante. Su vida y la de ella habían transcurrido paralelas, con el movimiento lento y ondulado de los cuerpos muy viejos. Lo sabían todo el uno

del otro, más de lo que una madre puede saber de su hijo, más de lo que un marido puede saber de su mujer. La comunión de sus cuerpos los unía con más fuerza que ningún otro lazo. Quizás fuera por la leche materna. Quizás porque Nini había sido el primer ser vivo que había visto al general al nacer, en el momento de llegar al mundo, lleno de sangre y de mucosidad, como se suele nacer. Quizás fuera por los setenta y cinco años que habían pasado juntos, bajo el mismo techo, comiendo la misma comida, respirando el mismo aire: lo compartían todo, hasta el olor a moho de la casa, hasta los árboles que crecían delante de las ventanas, todo. Y todo esto no se podía expresar con palabras. No eran hermanos, ni amantes. Existe algo diferente de todos esos lazos, y ellos lo intuían de una manera poco precisa. Existe una especie de hermandad, más fuerte y más densa que la que une a los gemelos que salen del mismo útero. La vida había mezclado sus días y sus noches, lo sabían todo del cuerpo del otro, de los sueños del otro.

La nodriza preguntó:

—¿Quieres que todo sea como antaño?

—Sí, eso quiero —respondió el general—. Exactamente igual. Como la última vez.

—Bien —respondió ella con parquedad.

Se acercó al general, se inclinó ante él y le besó la mano fuerte, vieja, llena de manchas parduscas y adornada con un anillo.

—Prométeme una cosa —dijo— prométeme que no te excitarás.

—Te lo prometo —respondió el general, en voz baja y obediente.

3

Hasta las cinco no llegó ningún signo de vida de su habitación. Entonces hizo sonar la campanilla para llamar al criado y decirle que le preparase un baño frío. No quiso comer y sólo tomó una taza de té frío. Pasó la tarde recostado en el sofá, en aquella habitación a oscuras. Detrás de las paredes frescas resonaba y se fermentaba el verano. Percibía el burbujeo ardiente de la luz cegadora, el resoplar del viento cálido entre las hojas secas, y prestaba atención a los ruidos de la mansión.

Una vez pasado el sentimiento de sorpresa, se sentía cansado. Uno se pasa toda la vida preparándose para algo. Primero se enfada. A continuación quiere venganza. Después espera. Él llevaba mucho tiempo esperando. Ya no se acordaba ni siquiera del momento en que el enfado y el deseo de venganza habían dado paso a la espera. El tiempo lo conserva todo, pero todo se vuelve descolorido, como en las fotografías antiguas, fijadas en placas metálicas. La luz y el paso del tiempo desgastan los detalles precisos que caracterizan los rostros fotografiados. Hay que mirar la imagen desde distintos ángulos y buscar la luz apropiada para reconocer el rostro de la persona cuyos rasgos han quedado fijados en el espejo ciego de la placa. De la misma manera se desvanecen en el tiempo todos los recuerdos humanos. Luego, en algún momento inesperado, nos llega un rayo de luz y entonces volvemos a ver el mismo rostro olvidado. El general guardaba las fotografías antiguas en un cajón. El retrato de su padre. En la foto, el padre llevaba el uniforme de capitán de la guardia imperial. Tenía el cabello ondulado, como una muchacha. Llevaba la capa blanca de

los guardias imperiales y la asía a la altura del pecho con una mano adornada con anillo. Ladeaba la cabeza, con orgullo y enfado. Nunca había dicho dónde lo habían enfadado ni con que. Al regresar de Viena, se había dedicado a la caza. Iba de caza todos los días del año, y cuando no había nada que perseguir, en los tiempos de veda, cazaba zorros y cuervos. Como si quisiera matar a alguien, como si estuviera preparando diariamente una venganza. La madre del general, la condesa, prohibió que los cazadores entraran en la mansión, mandó que hicieran desaparecer todo lo que recordase la caza: las armas, las cartucheras, las flechas antiguas, las cabezas disecadas de las aves, las cornamentas de los ciervos, todo. Fue entonces cuando el capitán de la guardia imperial mandó construir la casa del bosque. Allí reunió todo lo necesario para la caza, puso las pieles de oso delante de la chimenea, expuso en las paredes las armas sobre tablas forradas de lana blanca y enmarcadas en madera oscura. Había escopetas belgas y austríacas. Cuchillos ingleses y armas de fuego rusas. Todo tipo de armas para cualquier modalidad de caza. Al lado de la casa se encontraban las perreras: en ellas había una jauría de animales de caza y presa, todos de pura raza; el cetrero vivía en la misma casa, con sus tres halcones adiestrados. El padre del general también vivía en aquella casa, empleada exclusivamente para la caza. Sólo aparecía en la mansión a las horas de las comidas. Las paredes estaban cubiertas con sedas francesas de colores claros: azul celeste, verde manzana, rosa con tenues tintes de rojo, todas llegadas de París, todas reforzadas con ribetes dorados. La condesa elegía personalmente, año tras año, las sedas para las paredes y para los muebles, dando una vuelta por las fábricas y las tiendas cada otoño, al volver de visita a su país. No dejaba de visitar a su familia ni un solo año. Tenía derecho a hacerlo: había fijado tal privilegio en el contrato matrimonial, al casarse con aquel guardia imperial extranjero.

—Quizás fuera a causa de los viajes —pensó el general.

Se preguntaba por qué sus padres no se comprendían. El guardia imperial salía de caza, y como no era capaz de destruir el mundo, lleno de seres extraños —de ciudades extranjeras como París, con sus palacetes, con su idioma, con sus costumbres foráneas—, mataba cervatillos, osos y ciervos. Sí, quizás fuera a causa de los viajes. El general se levantó, se detuvo delante de la estufa redonda, de porcelana blanca, que antaño había calentado el dormitorio de su madre. Era una estufa enorme, centenaria, que irradiaba calor como una persona gruesa y apoltronada irradia bondad, tratando de atenuar su propia egolatría, convirtiéndola en un acto bondadoso, en una especie de piedad fácil y barata. Comprendió de repente que su madre había pasado allí muchísimo frío. La mansión era demasiado oscura para ella, con sus habitaciones abovedadas, allí, en medio del bosque; por eso había cubierto las paredes de las habitaciones con sedas de colores claros. Pasaba frío, puesto que en el bosque siempre hacía viento, incluso en verano, un viento con sabor a arroyo, un sabor primaveral, como cuando crecen las aguas y se desbordan a causa de la nieve que se funde en las montañas. Ella pasaba frío, por eso había ordenado que la estufa redonda de porcelana blanca estuviera ardiendo siempre. Su madre había esperado que ocurriera algún milagro. Había ido a vivir a Europa oriental porque la pasión que había nacido en ella era más fuerte que su inteligencia y que su juicio. El guardia imperial la había conocido estando destinado como correo en la embajada de París, en los años cincuenta. La conoció en un baile, y ninguno de los dos pudo hacer nada en contra de aquel encuentro. Sonaba la música, y el guardia imperial le dijo a la condesa francesa: «En mi país este sentimiento se presenta de manera más fuerte y fatal». Todo ocurrió en un baile organizado por la embajada. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas de seda blanca; los dos estaban de pie, en el entrante de una de aquellas ventanas, mirando a los que bailaban. La calle estaba blanca, aquella noche nevaba en París. En aquel momento entró en la sala uno de aquellos sucesores de los Luises, el que reinaba entonces

en Francia. Todos los presentes se inclinaron. El soberano llevaba un frac azul y un chaleco blanco, y con un movimiento lento levantó los anteojos con montura de oro. Cuando todos se enderezaron, los dos se miraron a los ojos, y desde entonces supieron que estaban destinados a vivir juntos, que no podían hacer nada en contra. Sonrieron, pálidos y confusos. La música seguía sonando en la sala de al lado. La joven francesa preguntó: «En su país... ¿dónde?», y siguió sonriendo, con sus ojos de miope. El guardia imperial pronunció el nombre de su país. La primera palabra íntima que le dijo a aquella joven fue el nombre de su patria.

Llegaron a su país en otoño, casi un año después de aquel encuentro. La joven extranjera se cubría con chales y con mantas en el fondo del carruaje. Atravesaron las montañas, pasaron por Suiza, por el Tirol. En Viena los recibieron el emperador y la emperatriz. El emperador se mostró generoso, tal como se describe en los libros escolares. Le dijo: «¡Vaya usted con cuidado! En los bosques adonde él la lleva, también hay osos. Él es uno de ellos». El emperador sonreía. Todos sonreían. Se trataba de una atención especial: el emperador se permitía una broma con la esposa francesa del guardia imperial húngaro. La mujer respondió: «Intentaré domesticarlo con la música, Majestad, como hizo Orfeo con las fieras». Viajaron a través de prados y bosques que olían a fruta. Cuando cruzaron la frontera, desaparecieron las montañas y las ciudades, y la mujer rompió a llorar. «*Chéri* —dijo—, estoy mareada. Aquí todo parece infinito». Se mareaba con lo que veía, con la simple vista de la llanura agonizante, cargada con el aire pesado del otoño que lo cubría todo, con aquella llanura vacía donde ya habían recolectado todo, con aquella llanura por donde avanzaban durante horas infinitas sin ver ni siquiera el camino, donde sólo se divisaban las bandadas de grullas en el cielo, donde los maizales ya se encontraban devastados, como después de una batalla, cuando incluso el paisaje cae herido tras el paso de las tropas. El guardia imperial no respondió, callaba en el fondo del carruaje, con los brazos cruzados. A veces subía a uno de los

caballos y cabalgaba al lado del vehículo, durante horas. Miraba su patria como si la viera por primera vez. Miraba las casas blancas, con ventanas de persianas pintadas en verde, bajitas, con porche, las casas donde se alojaban por las noches, las casas de sus compatriotas, aquellas casas escondidas en el fondo de los jardines, con sus frescas habitaciones, donde todos los muebles le resultaban conocidos, incluso el olor de sus armarios. Miraba el paisaje, cuya soledad y tristeza le tocaban el corazón como nunca: miraba los pozos con cigüeñal a través de los ojos de su esposa, los páramos, los bosques de abedules, las nubes rosadas en el cielo crepuscular, encima de la llanura. La patria se abría delante de ellos, y el guardia imperial sintió, entre fuertes latidos de su corazón, que el paisaje que los recibía representaba también su destino. Su esposa permanecía sentada en el fondo del carruaje, en silencio. A veces cogía el pañuelo para secarse las lágrimas. Él se inclinaba entonces desde la silla de montar, para mirarla a los ojos, con aire interrogador. La mujer sólo respondía con un gesto, indicando que siguieran. Estaban destinados el uno para el otro.

En los primeros tiempos, la mansión consiguió apaciguar los ánimos de la mujer. Era enorme, los bosques y las montañas la protegían de la llanura; aquella casa llegó a ser para ella su propia patria dentro de un país extraño. En aquella época llegaron carros de carga, hasta uno por mes. Procedían de París y de Viena, cargados con muebles, sedas, retales, grabados y una espineta: la mujer pretendía domesticar a las fieras con la música. Ya habían caído las primeras nieves en las montañas cuando estuvieron instalados y pudieron empezar su vida en común en aquella mansión. La nieve dejó la casa aislada; la sitió por completo, como un ejército silencioso y sombrío, llegado del Norte, cerca un castillo. Por las noches llegaban del bosque los cervatillos y los ciervos, se detenían en medio de la nieve, a la luz de la luna, miraban las ventanas iluminadas de la mansión, ladeando la cabeza, con sus ojos azules, oscuros y serios, maravillosos y maravillados, y escuchaban la música que salía de allí. «¿Lo ves...?», preguntaba

la mujer, sentada al lado del piano, y se reía. En febrero, las heladas hicieron bajar a los lobos de las montañas nevadas; los criados y los cazadores encendían hogueras en el parque, y las fieras aullaban y daban vueltas alrededor del fuego, hechizadas. El guardia imperial las ahuyentaba con cuchillos, su esposa lo observaba desde la ventana. Había algo entre ellos que no se podía reparar. No obstante, se amaban.

El general se acercó al retrato de su madre. El cuadro era obra de un pintor vienes, el mismo que había hecho un retrato de la emperatriz con el cabello ondulado: el guardia imperial conocía la pintura, pues la había visto en el despacho del emperador, en el palacio imperial. En su retrato, la condesa llevaba un sombrero de paja adornado con flores rosadas, parecido a los que se ponen las florentinas en verano. El cuadro tenía un marco dorado y estaba colgado en la pared blanca, encima de un mueble de cerezo, lleno de cajones. Este mueble había pertenecido a su madre. El general se apoyó en él con las dos manos, para contemplar el cuadro colgado en lo alto. La joven del retrato del pintor vienesladeaba ligeramente la cabeza, y su mirada tierna y seria se perdía en la nada, como si se estuviera preguntando «¿Por qué?». Tal era el mensaje del retrato. El rostro era de rasgos nobles, el cuello sensual, las manos también, cubiertas con guantes cortos de punto, y también eran sensuales los hombros y el escote blancos, rodeados por un vestido verde claro. Aquella mujer siempre había sido una extraña. El guardia imperial y ella habían librado una batalla sin decir palabra: habían combatido a través de la música y de la caza, a través de los viajes y de las fiestas; unas fiestas en las que la mansión se iluminaba, casi ardía, como si se hubiera declarado un incendio en sus enormes salones; cuando los establos se llenaban con los caballos, carrozas y cocheros de los invitados; cuando cada cuatro peldaños de la escalera de entrada se apostaba un húsar, manteniéndose durante toda la noche en posición de firme—sin el menor movimiento, como una figura de cera—, empuñando un candelabro de plata de doce brazos; todo aquello —las luces, la

música, las palabras de los invitados, el perfume de sus cuerpos flotando en los salones— causaba la sensación de que la vida era una fiesta desesperada, una fiesta trágica y majestuosa, cuyo final se proclamaría con el sonido de las trompetas y con el anuncio de alguna orden nefasta. El general recordaba aquellas fiestas. A veces, los caballos y las carrozas tenían que quedarse en medio del parque nevado, al lado de enormes fogatas, puesto que no cabían en las cuadras. A una de aquellas fiestas acudió incluso el emperador de Austria, que era el rey de Hungría. Llegó en su carroza, acompañado de caballeros ataviados con plumas de cisne en los cascos. Pasó dos días cazando en los bosques, se alojó en la otra ala del edificio, durmió en una cama de hierro e incluso bailó con la señora de la casa. Charlaron durante el baile y los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. El rey dejó de bailar. Se inclinó, besó la mano de la dama, la acompañó al salón contiguo, donde los hombres de su séquito se mantenían en pie, en semicírculo. Condujo a la dama junto a su esposo y volvió a besarle la mano.

—¿De qué hablásteis? —preguntó más tarde, mucho más tarde, el guardia imperial a su esposa.

La mujer no se lo quiso decir. Nadie supo nunca lo que el rey le había dicho a aquella mujer llegada del extranjero que se había echado a llorar en medio del baile. La gente de los alrededores habló largamente de aquello.

4

La mansión lo comprendía todo, como una enorme tumba de piedra tallada donde se desmoronan los restos de varias generaciones y se deshacen las vestimentas de seda gris y paño negro de las mujeres y de los hombres de antaño. Comprendía también el silencio, como si éste fuera un preso fervoroso y creyente que se va muriendo poco a poco en el fondo del calabozo, dejándose crecer una larga barba sobre sus trapos y harapos, recostado en un montón de paja podrida. Comprendía también los recuerdos, la memoria de los muertos que se ocultaban en los recovecos de las habitaciones, unos recuerdos que crecían como hongos, como el moho, que se multiplicaban como los murciélagos, como las ratas o como los insectos en los sótanos húmedos de las casas demasiado antiguas. En los picaportes se sentía el temblor de unas manos de antaño, el fulgor de momentos pasados, llenos de duda, cuando aquellas manos no se atrevían a abrir una puerta. Todas las casas donde vive gente tocada por la pasión con toda su fuerza se llenan de este contenido impreciso.

El general miraba el retrato de su madre. Conocía todos los rastros de aquel rostro delgado. Aquellos ojos contemplaban el pasar del tiempo con una expresión de desprecio soñolienta y triste, con la mirada de las mujeres de antaño que subían al cadalso con el mismo desprecio por quienes morían que por quienes las mataban. La familia de su madre tenía un castillo en Bretaña, al lado del mar. El general tenía unos ocho años cuando lo llevaron allí, para pasar el verano. En aquella época ya viajaban en tren, muy despacio. En la redecilla del portaequipajes se encontraban los bultos envueltos

en tela, bordados con las iniciales de su madre. En París llovió aquel verano. El niño se sentaba en el fondo de un coche cuyo interior estaba forrado con seda azul celeste, y desde allí contemplaba la ciudad, a través de las ventanillas opacas: una ciudad reluciente y húmeda como la panza de un pez gordo. Miraba los tejados empinados, las chimeneas altas que se elevaban grises e inclinadas entre los cortinajes raídos del cielo lleno de humedad, como si estuvieran anunciando al mundo algo sobre unos destinos diferentes, incomprensibles. Las mujeres avanzaban bajo la lluvia y se reían, se levantaban un poco la falda con la mano, sus dientes brillaban relucientes como la lluvia: la ciudad extraña, las palabras en francés, todo habría podido ser algo alegre, algo fantástico, pero el niño no era capaz todavía de entenderlo así. Tenía ocho años, estaba sentado dentro del coche, muy serio, al lado de su madre, enfrente de su doncella y de su institutriz, y sentía que le aguardaba alguna tarea. Todo el mundo lo observaba, a él, al pequeño salvaje que había llegado de lejos, del bosque lleno de osos. El niño pronunciaba las palabras francesas con cuidado, con atención y con preocupación. Sabía que también hablaba por su padre, la mansión, los perros, el bosque y su hogar abandonado. Se abrió el portón, el carruaje entró en el gran patio, los criados con librea se inclinaron delante de la inmensa escalera. Todo le parecía un tanto adverso. Lo conducían a través de amplios salones, donde todo estaba en su sitio y donde todo parecía estirado y amenazador. En el salón más amplio del primer piso lo esperaba su abuela francesa. Tenía los ojos grises y un fino bigote negro, llevaba el cabello recogido en un moño alto, de color rojizo desteñido, como si el tiempo se hubiese olvidado de lavarlo. Besó al niño, con sus manos blancas y huesudas echó atrás la cabeza del recién llegado, y la miró así, desde lo alto. «*Toute de même*», dijo a la madre, que se encontraba a su lado, un tanto preocupada, como si su hijo estuviera pasando un examen del cual pudiera desprenderse cualquier cosa. Más tarde les sirvieron una infusión de tila. Todo tenía un olor insoportable, el niño se mareaba. Alrededor de medianoche rompió a llorar y

empezó a devolver. «¡Traedme a Nini», pidió, ahogándose casi entre tanto llanto. Estaba acostado en la cama, pálido como un muerto.

Al día siguiente le subió la fiebre, deliraba. Llegaron unos médicos ceremoniosos —vestidos con esmoquin negro y chaleco blanco con reloj de oro de bolsillo—, se inclinaron sobre el niño, sus barbas y sus ropas tenían el mismo olor que los objetos del palacete y que la cabellera y la boca de la abuela. El niño pensó que moriría si aquel olor no se disipaba. La fiebre no bajó ni siquiera durante el fin de semana, el pulso del muchacho latía de una manera irregular. Entonces le enviaron un telegrama a Nini. Pasaron cuatro días hasta que la nodriza llegó a París. El mayordomo con patillas no la identificó en la estación, y Nini llegó andando al palacete, con la bolsa de punto en la mano. Llegó como llegan las aves migratorias: no hablaba ni una palabra de francés, no conocía las calles, nunca pudo explicar cómo había encontrado aquella casa desconocida que escondía al niño enfermo en aquella ciudad extraña. Entró en la habitación, sacó de la cama al niño moribundo —que estaba ya totalmente callado, y sólo le brillaban los ojos—, se lo puso en el regazo, lo abrazó con fuerza, se quedó sentada, callada, acunándolo. Al tercer día llamaron al cura, para que le diera la extremaunción. Aquella noche, Nini salió de la habitación del enfermo y le dijo a la condesa, en húngaro:

—Creo que se salvará.

No lloraba, tan sólo estaba muy cansada porque llevaba seis días sin dormir. Volvió a la habitación del enfermo, de su bolsa de punto sacó algo de comida que traía de casa y se puso a comer. Durante seis días había mantenido vivo al niño con su aliento. La condesa rezaba y lloraba de rodillas delante de la puerta. Allí estaban todos: la abuela francesa, los criados, un cura joven con las cejas levantadas que podía entrar y salir a cualquier hora. Los médicos ya no volvieron. Partieron a Bretaña, con Nini; la abuela francesa se quedó en París, sorprendida y enfadada. Naturalmente, nadie se atrevió a decir con palabras el porqué de la enfermedad del

niño. Nadie dijo nada, aunque todos sabían las razones. El general anhelaba el cariño, y cuando todos aquellos extraños se inclinaron sobre él, y cuando sintió aquel olor insoportable que emanaba de todo, decidió que prefería morir. En Bretaña soplaba el viento y la marea bañaba los viejos guijarros. El mar rompía en las rocas rojizas. Nini estaba muy tranquila, miraba sonriendo el mar y el cielo como si ya los hubiese visto antes. En las cuatro esquinas del castillo se elevaban cuatro torres circulares, muy antiguas, construidas en piedra: los antepasados de la condesa vigilaban desde ellas a Surcouf el pirata. El niño cogió color, se reía mucho. Ya no temía nada, ya sabía que él y Nini juntos eran más fuertes que nadie. Se sentaban a orillas del mar, el viento ondulaba el borde del vestido azul marino de Nini, todo sabía a salado, hasta el aire, hasta las flores. Por las mañanas, cuando la marea se retiraba, los huecos de las rocas estaban llenos de arañas de mar con patas peludas, de cangrejos de panza roja, de pegajosas estrellas de mar de color malva. En el patio del castillo había una higuera centenaria que parecía un sabio oriental que sólo contara ya historias muy sencillas. Debajo del tupido follaje se escondía un frescor dulce de perfumes embriagadores. El niño se sentaba con su nodriza al pie de aquella higuera a mediodía, cuando el mar murmuraba con desmayo; callaban.

—Yo seré poeta —dijo él un día, levantando la vista y ladeando la cabeza.

Contemplaba el mar, su cabello rubio ondeaba en el viento cálido, tras las pestañas medio cerradas miraba la lejanía. La nodriza lo abrazó, atrayendo la cabeza hacia sus senos, y le respondió:

—¡Qué va! ¡Tú serás soldado!

¿Como mi padre? —preguntó el niño, meneando la cabeza—. Mi padre también es poeta, ¿no lo sabías? Siempre está pensando en otra cosa.

—Es verdad —observó la nodriza, suspirando—. No salgas al sol, cielo mío. Te dolerá la cabeza.

Estuvieron largo rato sentados así al pie de la higuera. Escuchaban el mar: su rumor les era conocido. Murmuraba como murmurán los bosques en su patria. El niño y la nodriza pensaron que todo está conectado en el mundo.

5

Las cosas así no se suelen recordar hasta que han pasado muchos años. Transcurren varias décadas hasta que pasamos por una habitación a oscuras donde alguien murió, y entonces oímos el sonido del mar, las palabras de antaño. Como si aquellas pocas palabras hubiesen expresado el sentido de la vida. Sin embargo, más adelante habría siempre otras cosas de que hablar.

Aquel otoño, cuando regresaron de Bretaña, el guardia imperial los esperaba en Viena. Al muchacho lo inscribieron en el internado de la Academia Militar. Le entregaron un sable pequeño, pantalones largos y un chacó, y le pusieron un puñal al cinto. Los domingos sacaban a pasear por el Graben a todos los estudiantes vestidos con el uniforme azul marino. Parecían niños que juegan a soldados y para ello se visten de uniforme. Llevaban también guantes blancos, y saludaban con gracia al estilo militar.

La Academia Militar se encontraba cerca de Viena, en la cima de una colina. Era un edificio amarillo: desde las ventanas del segundo piso se veía la parte antigua de la ciudad, sus calles rectas y ordenadas, y también el palacio de verano del emperador, los tejados de Schönbrunn y los paseos construidos en medio del enorme jardín de la Academia, lleno de árboles frondosos. En los pasillos blancos y abovedados, en las aulas, en el comedor, en los dormitorios, en todas partes estaba todo tan minuciosamente organizado que aquel lugar parecía el único del mundo donde todo estuviera en orden y en su sitio, todo lo que en la vida ordinaria es desordenado e inútil. Los profesores eran oficiales retirados. Todo olía a salitre. En cada dormitorio dormían treinta muchachos, treinta

muchachos de la misma edad, en estrechas camas de hierro, al igual que el emperador. Encima de la puerta de entrada había un crucifijo con candelillas de sauce bendecidas. Por las noches, los dormitorios quedaban iluminados por una ligera luz azulada. Por las mañanas los despertaban con el sonido de los clarines; durante los meses de invierno el agua se helaba a veces en las palanganas. Entonces los ordenanzas llevaban agua caliente de las cocinas, en unas jarras enormes.

Estudiaban griego, balística, conducta ante el enemigo e historia. El muchacho estaba siempre pálido y tosía con frecuencia. El páter lo sacaba a pasear por Schönbrunn todas las tardes de otoño. Avanzaban despacio por los paseos y las avenidas. Había en el camino una fuente de piedra, cubierta de musgo verde y moho, de la que manaba un agua dorada por los rayos del sol. Paseaban por los caminos rectos, contruidos entre los árboles podados, y el muchacho caminaba con la espalda recta, levantando la mano derecha, enguantada en blanco, para saludar a los viejos oficiales al estilo militar, reglamentario, de una manera un tanto rígida; ellos daban sus paseos todas las tardes, vestidos de gala, como si cada día estuvieran celebrando el cumpleaños del emperador. A veces, pasaba por su lado una señora con la cabeza descubierta que llevaba una sombrilla blanca de encaje, pasaba rápido y el páter se inclinaba ante ella.

—La emperatriz —susurraba al muchacho.

El rostro de la señora era muy blanco, sus cabellos espesos y negros se recogían en una trenza triple que le rodeaba la cabeza. A tres pasos de distancia la seguía su dama de compañía, una señora vestida de negro que caminaba un tanto encorvada, como si estuviera cansada de andar con tanta prisa.

—La emperatriz —repetía el páter, en un tono muy devoto.

El muchacho miraba a la señora solitaria que iba casi corriendo por el camino del parque, como si huyera de algo.

—Se parece a mamá —dijo una vez el muchacho, porque se acordó del retrato que colgaba encima del escritorio, en el despacho

de su padre.

—No digas eso: eso no se puede decir —respondió el cura castrense, muy serio.

Estudiaban desde la mañana hasta la noche, para saber lo que se podía decir y lo que no. En la Academia, donde estudiaban cuatrocientos muchachos, había un silencio parecido a la quietud de una bomba momentos antes de estallar. Había muchachos de todas partes, llegados de mansiones checas, de haciendas de Moravia, de castillos del Tirol, de casas solariegas de Estiria, de palacetes con postigos cerrados de las cercanías del Graben, de casas rurales húngaras: todos eran rubios, de nariz respingona y de manos blancas y lánguidas, todos tenían apellidos larguísimos, llenos de consonantes y con varias partículas, todos tenían título y rango, pero en la Academia todos tenían que dejar su identidad en el guardarropa, con su elegante indumentaria civil, confeccionada en Viena y en Londres, con su ropa interior hecha en Holanda. Solamente conservaban el primer apellido que distinguía a cada uno, a cada muchacho que aprendía lo que se podía decir y hacer y lo que no. Había entre ellos eslavos de frente estrecha, en cuya sangre se mezclaban todos los rasgos y características del Imperio; había aristócratas de diez años, lánguidos y con ojos azules, que miraban al vacío como si sus antepasados lo hubiesen visto todo, como si ya lo hubiesen mirado todo por ellos también; y hubo un conde del Tirol que se mató allí a los doce años, porque estaba enamorado de una prima hermana.

Konrád dormía en la cama contigua a la suya. Tenían diez años cuando se conocieron.

Era fornido pero delgado, como los muchachos de las razas muy antiguas, en cuyo cuerpo los huesos prevalecen sobre la carne. Era lento sin ser perezoso, como si calculara su propio ritmo a conciencia. Su padre era funcionario del Estado en Galitzia y había recibido por ello el rango de barón; su madre era polaca. Cuando el muchacho reía, le aparecía en las comisuras de la boca un rasgo

típico, infantil, característico de los esclavos. Reía poco. Era callado y siempre estaba atento.

Convivieron con naturalidad desde el primer momento, como gemelos en el útero de su madre. Para ello no tuvieron que hacer ningún «pacto de amistad», como suelen los muchachos de su edad, cuando organizan solemnes ritos ridículos, llenos de pasión exagerada, al aparecer la primera pasión en ellos —de una forma inconsciente y desfigurada—, al pretender por primera vez apropiarse del cuerpo y del alma del otro, sacándole del mundo para poseerlo en exclusiva. Esto y sólo esto es el sentido del amor y de la amistad. La amistad entre los dos muchachos era tan seria y tan callada como cualquier sentimiento importante que dura toda una vida. Y como todos los sentimientos grandiosos, también contenía elementos de pudor y de culpa. Uno no puede apropiarse de una persona y alejarla de todos los demás sin tener remordimientos.

Ellos supieron, desde el primer momento, que su encuentro prevalecería durante toda su vida. El húngaro era alto, delgado y frágil: en aquella época lo examinaba el médico cada semana, puesto que sus educadores se preocupaban por sus pulmones. A petición del director de la Academia —un coronel moravo—, el guardia imperial viajó hasta Viena para consultar personalmente con los médicos. De todo lo que le dijeron los médicos, él solamente entendió una palabra, la palabra «peligro». El muchacho no está mal, no tiene ninguna enfermedad, decían, pero está predispuesto para la enfermedad. Peligro, repetían, así, en general. El guardia imperial se alojaba en una fonda llamada El Rey de Hungría, al lado de la catedral de San Esteban, en una calle contigua, oscura, donde ya su abuelo tenía la costumbre de hospedarse. Los pasillos estaban decorados con cornamentas de ciervos. Los criados saludaban al guardia imperial diciéndole: «Le beso la mano». Alquiló dos habitaciones, dos habitaciones oscuras, abovedadas, llenas de muebles tapizados en seda amarilla. El muchacho se alojó con él durante aquellos días, convivieron en la fonda en la que estaban grabados los nombres de los huéspedes habituales encima de cada

puerta, como si el edificio fuera un claustro mundano, para señores de la monarquía que viajaban solos. Por las mañanas paseaban en carroza por el Prater. Las mañanas eran ya frescas, pues estaban a primeros de noviembre. Por las noches iban al teatro, donde los actores exageraban sus papeles heroicos, gesticulaban, chillaban y se mataban, echándose sobre sus espadas. Después iban a cenar a un restaurante donde ocupaban una sala sólo para ellos, con varios camareros a su servicio. El muchacho convivía con su padre sin decir palabra, con la cortesía de un señor mayor, como si estuviera conteniendo algo, como si le estuviera perdonando algo.

—Dicen que es un peligro —observó el padre, más bien para sí, después de cenar, mientras prendía un puro gordo y negro—. Si quieres, puedes regresar a casa. Sin embargo, yo preferiría que no tuvieras miedo de ningún peligro.

—No tengo miedo de nada, padre —respondió el muchacho—. Lo único que quiero es que Konrád se quede siempre con nosotros. Su familia es pobre. Me gustaría que viniera a casa y que pasase el verano con nosotros.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó el padre.

—Sí.

—Entonces es amigo mío también —dijo con seriedad.

Vestía frac y camisa de encaje: últimamente ya no se ponía el uniforme. El muchacho no decía nada, se sentía aliviado. Sabía que podía confiar en la palabra de su padre. Lo conocían por todos los sitios por donde pasaban en Viena, en todas las tiendas: en la guantería, en la camisería, en la sastrería, en todos los restaurantes donde los solemnes *maîtres* controlaban las mesas; incluso en las calles, donde lo saludaban con alegría hombres y mujeres desde los coches.

—¿Vas a ver al emperador? —preguntó el muchacho unos días antes de que su padre partiera.

—Al rey —dijo el padre, corriéndolo en tono severo, y añadió —: No voy a verlo nunca más.

El muchacho comprendió que algo había pasado entre los dos. El último día de estancia de su padre, le presentó a Konrád. La noche anterior se durmió con fuertes latidos del corazón: se sentía como antes de un compromiso. «No se puede hablar del rey en su presencia», avisó a su amigo. El padre estuvo generoso, simpático, como un gran señor. Con un apretón de manos recibió a Konrád en la familia.

Desde aquel día, el muchacho tosió menos. Ya no estaba solo. No soportaba la soledad entre la gente.

Su educación —que había recibido en la mansión del bosque y en París, a través de su madre, y que llevaba en la sangre— le prohibía hablar de lo que le dolía, y le obligaba a soportarlo todo sin quejarse. Lo mejor es no hablar de nada, eso le habían enseñado. Sin embargo, no podía vivir sin ser amado: ésta también era su herencia. Quizás aquella mujer francesa había introducido en la familia el deseo de mostrar los sentimientos a los demás. En la familia de su padre no estaba bien visto hablar de sentimientos. Pero el muchacho necesitaba amar a alguien: a Nini, a Konrád, y así no tenía fiebre, no tosía, su rostro blanco y delgado se volvía rosado, se llenaba de entusiasmo y de confianza. Estaban en la época en que los muchachos todavía no tienen el sexo definido: como si no hubiesen escogido todavía. Cada quince días, el muchacho se hacía cortar al cero el cabello rubio y ondulado, que detestaba por femenino. Konrád era más masculino, más tranquilo. Se abría delante de ellos la época de la adolescencia, y ya no temían a nada, porque no estaban solos.

Al final del primer verano, la madre francesa observó desde la puerta de la mansión a los dos muchachos que subían al coche para volver a Viena. Cuando partieron, le dijo a Nini, sonriendo:

—Por fin, un matrimonio bien avenido.

Sin embargo, Nini no sonreía. Los muchachos llegaban juntos cada verano, más adelante empezaron a pasar las vacaciones de Navidad también juntos, en la mansión. Era común todo lo que tenían: sus trajes, su ropa interior; en la mansión compartían la

misma habitación, leían el mismo libro a la vez, juntos descubrían Viena y los bosques, la lectura y la caza, montar a caballo y la vida militar, la amistad y el amor. Nini se preocupaba, a lo mejor estaba un tanto celosa. Aquella amistad ya duraba cuatro años, los dos muchachos empezaban a aislarse del mundo, tenían sus secretos. Su relación era cada día más profunda, más tensa. El hijo del oficial de la Guardia se ufanaba por tener un amigo como Konrád, Quería presentárselo a todo el mundo, enseñarlo como si era una obra de arte, y también quería encerrarlo, aislarlo de los demás, como si temiera que se lo fuesen a quitar.

—Es demasiado —dijo Nini a la madre—. Un día se irá. Entonces sufrirá mucho.

—Así es la vida humana —respondió la madre, sentada ante el espejo, observando su belleza que empezaba a marchitarse—. Un día todos hemos de perder al ser amado. Quien no lo soporte, no merece conmiseración alguna, porque no es un hombre hecho y derecho.

En la Academia, los demás muchachos dejaron pronto de hacer bromas sobre su amistad: se acostumbraron a ella, como a un fenómeno natural. Cuando hablaban de cualquiera de los dos, mencionaban a ambos: «Henrik y Konrád» o «Konrád y Henrik». No se permitían broma alguna sobre su relación. Había algo en ella, ternura, seriedad, entrega, algo de fatalidad, y todo este resplandor desarmaba hasta a los más bromistas. En toda comunidad humana se tienen celos de este tipo de relaciones. La gente no desea nada con más fervor que una amistad desinteresada. La desea con fervor, aunque sin esperanza. En la Academia, los demás muchachos se refugiaban en la vanidad de sus orígenes, en sus estudios, en las diversiones tempranas o en las hazañas deportivas, en los amores prematuros, caóticos y dolorosos. La amistad de Konrád y Henrik brillaba en este caos humano como la luz suave de una ceremonia votiva medieval. No hay nada más singular entre dos muchachos que ese tipo de afecto sin egoísmos, sin intereses, un afecto donde no se desea nada del otro, donde no se pide nada, ninguna ayuda,

ningún sacrificio. Normalmente, los jóvenes suelen pedir sacrificios a las personas a quienes entregan sus esperanzas. Los dos muchachos sentían que vivían en un estado de gracia, un estado que no se puede nombrar, un estado maravilloso de la vida humana.

No había nada más tierno en su vida que esta relación. Ni siquiera lo hubo más tarde, cuando la vida les trajo deseos refinados y rudos, sentimientos fuertes, ataduras fatales y apasionadas: todo esto resultó más brutal, más inhumano. Konrád era serio y pudoroso, como cualquier hombre verdadero, incluso a los diez años. Cuando los muchachos de la Academia empezaron a volverse adolescentes y a hacer indecencias, tratando con triste fanfarronería de conocer los secretos de la vida adulta, Konrád hizo jurar a Henrik que ellos vivirían en la pureza. Mantuvieron su palabra durante largos años. No les fue fácil. Se confesaban cada quince días: preparaban juntos la lista de sus pecados. Sus deseos se declaraban en la sangre, en los nervios: los dos muchachos se volvían pálidos y se mareaban con cada cambio de estación. Pero seguían viviendo en la pureza, como si la amistad —cuya capa mágica cubría sus jóvenes vidas— pudiera compensarlo todo, todo aquello que los demás, los curiosos y los impacientes, perseguían entre terribles sufrimientos que los conducían hacia los paisajes oscuros de los bajos fondos de la vida.

Los dos vivían según un orden establecido por siglos de práctica y de experiencia. Cada mañana se desnudaban de cintura para arriba, se vendaban, se ponían la careta y dedicaban una hora a la esgrima en el gimnasio de la Academia. Luego montaban a caballo. Henrik era muy hábil. Konrád luchaba desesperadamente para encontrar el equilibrio y la seguridad, su cuerpo carecía de la memoria de tal capacidad, de tal herencia genética. Henrik aprendía todo con facilidad, Konrád tenía dificultades, pero retenía todo lo aprendido de una manera desesperada, con codicia, como si supiera que aquello era su único tesoro en el mundo. Henrik se desenvolvía con facilidad entre los demás, sin prestarles atención, con superioridad, como alguien que ya no se sorprende con nada;

Konrád se comportaba con más rigidez, respetando siempre las normas vigentes. Un verano viajaron a Galitzia, para visitar a los padres de Konrád. Eran ya jóvenes oficiales. El barón —un hombre mayor, calvo y sumiso, molido por cuarenta años de servicio público y por las insatisfechas pretensiones sociales de una noble polaca— se desvivía con una devoción un tanto confusa por atender a la diversión de los dos jóvenes señoritos. La ciudad desprendía un aire pesado, con sus torres antiguas, con la fuente en medio de la plaza mayor, cuadrangular, con sus casas de habitaciones oscuras, abovedadas. Sus habitantes —ucranianos, alemanes, judíos y rusos— vivían en un bullicio oficialmente controlado, como si existiese en la ciudad, en las casas oscuras de aire viciado, una corriente cada vez más fuerte, una especie de revolución o simplemente una insatisfacción mezquina y murmuradora; o ni siquiera eso: las casas, las plazas, la vida entera de aquella ciudad se caracterizaban por el nerviosismo viciado y el ambiente de espera de un zoco. Tan sólo la catedral se mantenía tranquilamente alejada de este bullicio, de este ruido constante, con su torre fuerte y sus grandes bóvedas, como si por una sola y única vez —y con todas sus consecuencias— alguien hubiese declarado una ley todavía vigente, definitiva y eterna. Los dos jóvenes se alojaban en una fonda, puesto que en la casa del barón sólo había tres habitaciones muy pequeñas. La primera noche, después de una cena copiosa, con carnes grasientas y vinos olorosos y fuertes —que el padre de Konrád, viejo empleado del Estado, y la madre polaca, melancólica y maquillada con colores vivos, morados y rojos, como una cacatúa, servían con una excitación devota y triste en aquella casa de aspecto pobre, como si la felicidad de aquel hijo al que veían poco dependiese de la calidad de los platos—, los dos jóvenes oficiales se quedaron un rato sentados en un rincón oscuro del comedor de la fonda, decorado con palmeras polvorientas. Bebían un vino pesado y fuerte, un vino húngaro, fumaban y callaban.

—Ahora ya los conoces —dijo Konrád.

—Sí —respondió el hijo del guardia imperial, con cierto sentimiento de culpa.

—Entonces ya lo sabes todo —añadió el otro, con sosiego y seriedad—. Ya te puedes imaginar lo que han estado haciendo por mí durante veintidós años.

—Claro —dijo Henrik, y se le hizo un nudo en la garganta.

—Cada par de guantes —explicaba Konrád— que he tenido que comprarme, para ir contigo al teatro, llegaba de aquí. Si me compro una silla de montar, ellos no comen carne durante tres meses. Si doy una propina en una fiesta, mi padre no fuma puros durante una semana. Y todo esto dura ya veintidós años. Sin embargo, nunca me ha faltado de nada. En algún lugar lejano de Polonia, en la frontera con Rusia, existe una hacienda. Yo no la conozco. Era de mi madre. De allí, de aquella hacienda llegaba todo: los uniformes, el dinero para la matrícula, las entradas para el teatro, hasta el ramo de flores que envié a tu madre cuando pasó por Viena, el dinero para pagar los derechos de los exámenes, los costes del duelo que tuve que afrontar con aquel bávaro. Todo, desde hace veintidós años. Primero vendieron los muebles, luego el jardín, las tierras, la casa. Después vendieron su salud, su comodidad, su tranquilidad, su vejez, las pretensiones sociales de mi madre, la posibilidad de tener una habitación más en esta ciudad piojosa, la de tener muebles presentables y la de recibir visitas. ¿Lo comprendes?

—Lo siento mucho —dijo Henrik, nervioso y pálido.

—No tienes por qué disculparte —dijo su amigo, muy serio—. Sólo quería que lo supieras, que lo conocieras. Cuando aquel bávaro me atacó con la espada desenvainada, cuando se esforzaba por herirme, muy alegremente, como si fuera una broma excelente querer cortarme en pedazos y dejarme inválido por pura vanidad, yo veía el rostro de mi madre, me acordaba de ella, la veía yendo al mercado todas las mañanas, para que la cocinera no le robase un par de monedas, porque un par de monedas diarias significan todo un dinero al final del año, un dinero que me puede mandar a mí en un sobre... En aquel momento habría podido matar de verdad al

bávaro, porque él quería hacerme daño por pura vanidad, porque no sabía que el menor rasguño que me hiciese habría sido un pecado mortal contra dos personas de Galitzia que han sacrificado su vida por mí sin decir palabra. Cuando yo doy una propina a un criado en vuestra casa, gasto algo de su vida. Es difícil vivir así —dijo, y se puso muy colorado.

—¿Por qué? —preguntó el otro, muy bajito—. ¿No crees que ellos disfrutan así, con todo eso?...

—Quizás —dijo el joven, y luego se calló. Nunca había hablado de todo esto. En aquel momento lo había articulado balbuceando, sin mirar a los ojos de su amigo—. Para mí es muy difícil vivir así. Es como si mi vida no me perteneciese. Cuando me pongo enfermo, me asusto, como si estuviera gastando algo que no es mío, como si mi salud no fuera mía. Soy soldado, me educaron para matar, para que me mataran, llegado el caso. Lo he jurado. Pero ellos ¿para qué han soportado todo esto, si a mí me pueden matar? ¿Lo comprendes? Ellos llevan veintidós años viviendo en esta ciudad de aire viciado, donde todo huele tan mal como en una casa sucia, como en una posada de tercera categoría... toda la ciudad huele a comida barata, a perfumes baratos y a camas sucias. Aquí viven ellos, sin protestar. Hace veintidós años que mi padre no viaja a Viena, donde nació y creció. Hace veintidós años que no se permiten ni un viaje, que no compran ni una prenda que no sea absolutamente necesaria, que no disfrutan de una excursión en verano, porque han querido hacer de mí algo perfecto, una obra de arte, algo que ellos no han podido alcanzar en su vida, algo para lo cual han sido demasiado débiles. A veces, cuando quiero hacer algo, se me paralizan las manos. Siento una enorme responsabilidad. Incluso he llegado a desear su muerte —añadió en voz muy baja.

—Lo comprendo.

Pasaron cuatro días en la ciudad. Cuando partieron, sintieron por primera vez que algo había ocurrido entre los dos. Como si uno de

los dos le debiera algo al otro. Aunque todo esto no se podía precisar con palabras.

6

Konrád tenía un refugio adonde su amigo no podía seguirle: la música. Era como si tuviera un lugar secreto, sólo para él, donde nadie en el mundo pudiera alcanzarlo. Henrik tenía callos en los oídos, le bastaba con la música cingara y los vales de Viena. En la Academia nunca se hablaba de música; aunque la toleraran y la perdonaran, tanto los profesores como los demás estudiantes, como un capricho pasajero, típico de la juventud. Todo el mundo tiene su punto débil. Hay quien cría perros y quien monta a caballo. Es mejor que jugar a las cartas, pensaban. Es menos peligroso que las mujeres, pensaban.

El general sospechaba que la música no era una pasión tan exenta de peligros. Naturalmente, en la Academia no toleraban ninguna rebeldía, ni siquiera la rebeldía musical. El conocimiento de la música, del concepto de la música, formaba parte, hasta cierto punto, de la educación, pero solamente en un sentido general. Sólo sabían de la música que se ejecuta con trompetas y tambores, que el director va delante, alzando a veces un bastón de plata, y que detrás de los músicos marcha un poni, arrastrando un enorme tambor. Esta música suena fuerte y ordenada, proporciona la disciplina necesaria para el desfile de las tropas, atrae a los civiles a la calle, y constituye una parte indispensable en cualquier ceremonia militar. Los soldados desfilan más disciplinados al compás de la música. Aquella música era a veces divertida, a veces pomposa y festiva. Por lo demás, nadie en absoluto prestaba ninguna atención a la música.

Konrád sí que palidecía cada vez que escuchaba música. Cualquier tipo de música, incluso la más popular, lo tocaba tan de cerca como si le estuvieran tocando el cuerpo de verdad. Palidecía, sus labios temblaban. La música le decía algo que los demás no podían comprender. Probablemente las melodías no le hablasen al intelecto. La disciplina en la que vivía, en la que había crecido, la disciplina que le había ayudado a obtener su lugar y su rango en el mundo, la disciplina que él mismo había elegido de manera voluntaria —como el creyente que escoge por sí solo la culpa y el castigo—, esa disciplina desaparecía en tales momentos, y su cuerpo tenso y crispado se relajaba. Era como cuando en las ceremonias militares, después de una larga revista de la tropa, se escucha la orden de descanso. Sus labios temblaban, como si hubiese querido decir algo. En esos momentos se olvidaba por completo de dónde estaba, sus ojos sonreían, miraba al vacío, no veía nada de lo que le rodeaba: no veía a sus superiores ni a sus compañeros, ni siquiera a las damas elegantes ni al público del teatro. Escuchaba la música con todo su cuerpo, con una atención parecida a la que presta un condenado en su celda al ruido de pasos que quizás lleven la noticia de su salvación. En esos momentos no oía a quienes se dirigían a él. La música rompía en pedazos el mundo a su alrededor, cambiaba las leyes establecidas de manera artificial durante unos instantes: en esos momentos Konrád no era un soldado. Una noche de verano, mientras Konrád interpretaba en la mansión una pieza a cuatro manos con la madre del general, sucedió algo. Estaban sentados en el salón, antes de la cena; el guardia imperial y su hijo escuchaban la música, respetuosos, sentados en un rincón, con atención y paciencia, como cuando alguien dice: «La vida está llena de obligaciones, la música también hay que soportarla. No es de buena educación contradecir a las señoras». La madre ejecutaba la pieza con pasión: tocaban la *Polonesa-Fantasía* de Chopin. Era como si todo se hubiese revuelto en el salón. El padre y el hijo sentían, sentados en sus sillones en aquel rincón, en su espera paciente y disciplinada, que en los dos

cuerpos, en el cuerpo de Konrád y en el de la madre, estaba sucediendo algo. Era como si la rebeldía de la música hubiese elevado los muebles, como si una fuerza invisible hubiera movido las pesadas cortinas desde el otro lado de las ventanas; era como si todo lo que había sido enterrado en los corazones humanos, todo lo corrompido y descompuesto reviviera, como si en el corazón de cada uno se escondiese un ritmo mortal que empezara a latir en un momento dado de la vida con una fuerza inexorable. Los oyentes disciplinados comprendieron que la música podía ser peligrosa. Los otros dos, la madre y Konrád, sentados al piano, no hacían caso de los peligros. La *Polonesa-Fantasía* era tan sólo un pretexto para desatar en el mundo unas fuerzas que todo lo mueven, que lo hacen estallar todo, todo lo que la disciplina y el orden humanos intentan ocultar. Estaban sentados al piano, rígidos y erguidos, con sus cuerpos tensos, ligeramente inclinados hacia atrás, como si la música hiciera surcar los aires a unos invisibles corceles de fábula que arrastraran una carroza ardiente, avanzando en medio de una tormenta, por encima del mundo, galopando; y ellos dos parecían tener bien sujetas, con el cuerpo erguido y las manos firmes, las riendas de aquellas fuerzas desatadas. De repente, la música terminó con un golpe seco. Un rayo de sol crepuscular penetró por la ventana abierta; en su halo luminoso bailaban unas motitas doradas de polvo, como si los corceles celestiales de la música ya lejana hubiesen levantado el polvo del camino del cielo que lleva a la nada y a la destrucción.

—Chopin —observó la señora francesa, con la respiración entrecortada—. Su padre era francés.

—Y su madre polaca —replicó Konrád, y miró por la ventana, ladeando la cabeza—. Era pariente de mi madre —añadió después, sin darle importancia, como si aquella relación fuera algo vergonzoso.

Todos le prestaron atención máxima, puesto que en su voz resonaba una tristeza como la que suena en la voz de los desterrados cuando hablan de su patria, de su nostalgia. El guardia

imperial también observaba al amigo de su hijo con atención, como si lo estuviese mirando por primera vez. Por la noche, cuando se quedó a solas con su hijo en la sala de fumar, le dijo:

—Konrád nunca será un soldado de verdad.

—¿Por qué? —preguntó el hijo, asustado.

Sabía que su padre tenía razón. El guardia imperial se encogió de hombros. Seguía fumando, sentado con las piernas estiradas hacia la chimenea, mirando el humo del cigarro. Respondió con la certeza y la superioridad de los entendidos:

—Porque es diferente.

El padre no vivía ya y pasaron muchos años hasta que el general comprendió el significado de la frase.